

I Domingo Navidad SAGRADA FAMILIA

DÍA DE LA FAMILIA

Eclesiástico 3, 2-6. 12-14. Colosenses 3, 12-21 Lc 2, 41-52

**“Que la paz de Cristo actúe de árbitro
en vuestro corazón”**

27 Diciembre 2009 P. Carlos Padilla Esteban

***“EL NIÑO CRECÍA Y SE FORTALECÍA, LLENÁNDOSE DE SABIDURÍA;
Y LA GRACIA DE DIOS ESTABA SOBRE ÉL”***

Hoy celebramos el domingo de la Sagrada Familia y el Cardenal de Madrid ha convocado una celebración por la familia en Madrid para toda España y Europa. Surge el deseo de celebrar la alegría de ser familias unidas en Cristo. Muchas familias experimentan en el camino la soledad y pueden llegar a tener la sensación de que son una especie en vías de extinción. Esta mañana decía el cardenal de Madrid, **Antonio María Rouco**, en la Eucaristía: *«Europa, sin vosotras, queridas familias cristianas, se quedaría sin el futuro de la vida»* Y añadía: hay una *“necesidad social, e incluso económica, de seguir proponiendo a las nuevas generaciones la hermosura de la familia y del matrimonio»*. Ya lo dijo **Juan Pablo II**: *«El futuro de Europa pasa por la familia»*. Por eso, cuando nos reunimos para celebrar, para destacar el valor de la familia cristiana, el corazón se alegra. Es necesario manifestar la alegría de ser familia y es fundamental reivindicar el valor de toda vida humana: *«Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente»*, decía el Cardenal. Al ver las calles de Madrid llenas de tantas familias venidas de toda Europa, el corazón se llena de confianza. Dios sigue despertando los corazones y los capacita para el amor. Las palabras del salmo nos llenan de gozo y podemos repetirlas llenos de esperanza: *“Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos. Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida.”* Sal 127, 1-2. 3. 4-5. **Dios desea que la familia cristiana cambie el mundo. Necesitamos confiar siempre en la conducción del Señor.**

Por eso hoy contemplamos a la Sagrada Familia como ideal que brilla ante nuestros ojos. El Beato José Manyanet, fundador de los hijos de la Sagrada Familia, y coetáneo de Gaudí, fue un predicador incansable de la Sagrada Familia. Él decía: *“Volvamos a la simplicidad de Nazaret donde todo tuvo su inicio. Vayamos cada día a Nazaret, porque ellos, José, María y Jesús son nuestros maestros. Tomemos de ellos los secretos para la reconstrucción de la familia, de la Iglesia y de una nueva sociedad, con medios y mentalidad nueva”*. Sabía, como nosotros lo sabemos hoy, lo importante que es: *“Hacer brillar en este siglo de falsos resplandores las virtudes de la casa de Nazaret y caldear los corazones en el amor de Jesús, María y José es nuestro objetivo”*. Las crisis de tantos matrimonios, las estadísticas abrumadoras, nos hacen ver lo importante que es poder afirmar con este santo: *“La unión del matrimonio se corrobora y consolida por la concordia de voluntad entre los esposos. Mientras no se quiebra esta armonía de afectos todo se soporta, todo se disimula y se sufre, dado que el amor es fuerte como la muerte”*. Es fundamental cuidar a nuestras familias. Es muy necesario formar a los novios en el camino al matrimonio. Es primordial dar respuesta en nuestra sociedad a

tantas familias que han vivido la separación y el divorcio. Dios sigue iluminando el ideal de Nazaret para todos. **Hoy el ideal matrimonial surge ante nuestros ojos y nos invita a no descansar, a no conformarnos y a creer que es posible construir.**

El P. Kentenich dedicó muchos años a cuidar las familias cristianas poniendo como modelo el ejemplo de la Familia de Nazaret: “¿Qué entendemos por familia de Nazaret? ¿Nazaret? - ¡Por Dios! - pensaréis- si de esto hace ya 2.000 años. Nosotros somos gente moderna y tenemos muchos adelantos. Y añadimos: la familia de Nazaret según la época en la que vivimos; pero siempre familia de Nazaret”. El ideal de Nazaret ha de brillar ante nuestros ojos para que no se nos olvide hacia dónde caminamos. Decía el P. Kentenich: “En la familia de Nazaret, el padre, la madre y el hijo están atados y unidos entre sí por el lazo de un amor profundo e íntimo”¹. El amor nos une en la unidad familiar. ¡Cuántas familias están hoy divididas, rotas, porque se ha enfriado el amor! Decía el Padre: “la mesa familiar es, sobre todo, una mesa de sacrificios y no una mesa de placeres”². ¡Qué difícil es entender esto! Pensamos que en la vida el amor se fundamenta en el placer, en disfrutar de la alegría del compartir, en ser felices por encima de todo. Y sin duda es algo fundamental. **Sin embargo, el amor se hace fuerte sobre el fundamento del sacrificio, del amor sacrificado por el otro.**

Miramos a nuestro alrededor y nos da miedo pensar que es imposible encontrar familias sanas y santas. El otro día leí una descripción que me evocó la vida que llevan muchos matrimonios: “Hacen vida de Renfe. Cohabitan juntos, pero como las vías del tren: paralelas, sin tocarse. Bajo el mismo techo pero ignorándose, cada uno inmerso en su trabajo, volcado en sus gustos y aficiones, unidos sólo por el finísimo hilo de los monosílabos”³. No queremos que nuestras familias cristianas se adapten a esta realidad y se dejen llevar. Soñamos con un modelo de familia distinta. Por eso miramos a la familia de Nazaret. Porque María, S. José y Jesús nos hablan de un ideal. Un ideal que resplandece aunque nos sintamos realmente lejos de alcanzarlo. Un amor que crece en el sacrificio, que se profundiza a partir del verbo “querer” y nos hace no tirar la toalla ante las dificultades y luchar hasta dar la vida. El otro día leía que “Una de las llaves seguras e infalibles para abrir la puerta de la felicidad es el “sí, quiero””⁴. Y es muy verdadero. Cada día se ha de renovar el amor matrimonial a partir de ese verbo que fue conjugado desde el principio: El verbo querer. Pero no se trata sólo de un querer lleno de afectos y deseos. **Estamos hablando de un querer que echa raíces en la voluntad, que se pronuncia en las dificultades y que se hace fuerte en la cruz. Un querer al que hay que aferrarse con los ojos cerrados.**

Ayer celebramos la fiesta de S. Esteban, el primer mártir de la Iglesia. Y Dice S. Fulgencio sobre su vida: “Esteban, para merecer la corona que significa su nombre, tenía la caridad como arma y por ella triunfaba en todas partes”. Y continúa: “La caridad es la fuente y origen de todos los bienes, camino que conduce al cielo. Quien camina en la caridad no puede temer ni errar. Guardad fielmente la pura caridad, ejercitadla mutuamente unos con otros”. Es el amor que lleva al martirio; el amor que es entrega por Dios y por los hombres; el amor que sigue haciendo posible la familia. Han cambiado las sociedades, ha evolucionado el hombre, y, no obstante, el hombre y la mujer buscan siempre de nuevo encontrarse para iniciar juntos un camino, que a muchos les parece imposible. **Por eso, por el amor que Dios hace posible, creemos que las familias pueden llegar a encarnar el ideal al que aspiramos. Dios puede hacer nacer el amor y llevarlo al extremo de dar la vida por aquellos a los que ama.**

¹ J. KENTENICH, *Familia sirviendo a la vida*

² *Ibídem*, 103

³ ALFONSO BASALLO Y TERESA DÍEZ, *Pijama para dos*, 18

⁴ *Ibídem*, 27

Por eso hoy miramos a María, a José y al Niño y nos preguntamos sobre la calidad de nuestros vínculos familiares. Escuchamos la primera lectura: *“Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre su prole. El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos y, cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida, al que honra a su madre el Señor lo escucha. Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas; aunque choquee, ten indulgencia, no lo abochornes mientras vivas. La limosna del padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados”*. Eclesiástico 3, 2-6. 12-14. Todos somos padres o madres o hijos o hermanos. alguna de estas relaciones o varias de ellas están presentes en nuestra vida. Por eso es necesario hacernos las siguientes preguntas: **¿Cómo está nuestro vínculo matrimonial? ¿Cómo es nuestra relación con nuestros padres? ¿O con nuestros hijos? ¿O con nuestros hermanos?** S. Pablo nos recuerda la actitud a vivir: *“Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos”*. Colosenses 3, 12-21. No podemos conformarnos. La vida, el ritmo de vida de muchas familias, hace que los vínculos se debiliten y que, con el tiempo, se enfríen y mueran. **Por eso hoy volvemos la mirada a Nazaret y meditamos sobre el misterio de esos años de silencio.**

Nazaret es una verdadera escuela donde podemos aprender. Las palabras de Benedicto XVI sobre Belén se aplican igualmente a Nazaret: *“El pesebre es una escuela de vida, donde podemos aprender el secreto de la verdadera alegría. Ésta no consiste en tener muchas cosas, sino en sentirse amado por el Señor, en hacerse don para los demás y en quererse unos a otros. Miremos el pesebre: la Virgen y san José no parecen una familia muy afortunada; han tenido su primer hijo en medio de grandes dificultades; sin embargo están llenos de profunda alegría, porque se aman, se ayudan, y sobre todo están seguros de que en su historia está la obra Dios, Quien se ha hecho presente en el pequeño Jesús”*. Una alegría profunda invade Nazaret igual que Belén. Una alegría en las dificultades y en la pobreza. No hacen falta muchas cosas para ser felices, ya lo hemos meditado estos días y, en el fondo del corazón, lo sabemos. Nazaret es pobreza. Es rutina familiar, sin grandes alardes, sin grandes excesos. Lo importante, como siempre, es el amor mutuo, el amor sacrificado y entregado de los unos por los otros. Un amor así hace fuerte todos los vínculos y forma familias sanas en las que puede nacer Dios. En ese ambiente familiar de Nazaret comenta Lucas: *“Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres”*. **En ese ambiente de alegría, de amor atento y servicial, de amor expresado, crecen los hijos en sabiduría, estatura y gracia ante Dios. Pero no sólo los hijos, también los padres.**

¡Qué importante es expresar el amor en nuestros hogares! Puede suceder que tengamos que esperar a estas fechas para expresarnos todo lo que llevamos en el corazón, todo lo que nos queremos. ¡Cuántas veces las relaciones no funcionan tan bien como quisiéramos! Quiero destacar cuatro obstáculos que pueden debilitar las relaciones en nuestra vida familiar. **El primero: recurrir a los “términos absolutos”**. Palabras como *“nunca”, “siempre”, “nadie”, “todos”*, no ayudan. Todos tenemos responsabilidad en la marcha de la vida familiar. Estos términos absolutos, sin embargo, surgen con frecuencia y debilitan las relaciones, crean confusión y división, y no construyen la paz. Hablar en absoluto no permite el diálogo y la comunicación. **Hoy le pedimos a María que nos enseñe a dialogar, a mejorar nuestra capacidad de escucha y evitar en las discusiones caer en los extremos. Sólo así nuestra vida familiar crecerá en armonía.**

El segundo obstáculo que dificulta las relaciones es “la buena memoria”. Una persona me decía hace poco: *“Yo no soy rencorosa, lo que pasa es que tengo muy buena memoria”*. La memoria es algo fantástico cuando nos ayuda a guardar buenos recuerdos; sin embargo,

se convierte en un infierno, cuando sólo es capaz de recordar las palabras hirientes, los gestos duros sin misericordia, las faltas de diálogo, las faltas de caridad. ¡Qué importante es en este domingo tomar conciencia de nuestra propia debilidad y no pensar que siempre es culpa de los que nos rodean! **Cuando pensamos en nuestras propias caídas y faltas de amor, tomamos menos en cuenta las caídas de los que nos rodean.**

El tercer obstáculo: la dificultad para “expresar el cariño de forma natural”. Hay muchos corazones heridos porque en su experiencia familiar no experimentaron de pequeños el amor concreto de sus padres. El otro día recordaba una película: “*Star Trek*”. En ella, uno de los protagonistas, Spock, pertenecía a una raza, de Vulcano, que no expresaban los sentimientos. Los dominaban con la razón y así lograban gobernar el corazón. De esta forma no eran vulnerables y podían mantener la distancia y la objetividad en todas sus relaciones. La película mostraba cómo el protagonista, por ser hijo de una madre humana, no era capaz de controlarlo todo y se convertía en vulnerable. Parece como si muchas personas pertenecieran a este planeta. A veces nos podemos sentir nosotros así. Podemos pensar que si controlamos los sentimientos nadie podrá acceder a nosotros y seremos invencibles. Lo malo es que, cuando esa forma de entender la vida se cultiva en la vida familiar, formamos personas incapaces de amar. Personas muy autónomas y solitarias que no son capaces de mostrar sus sentimientos más profundos. Nosotros no queremos ser así, no queremos que sean así nuestras familias cristianas. **El amor ha de expresarse. Lo que no se comunica, lo que no se dice, lo que no se expresa, se pierde.**

Por último llegamos al cuarto obstáculo: El orgullo, que debilita toda relación y mata, con el tiempo, el amor. Ya meditábamos el 25 sobre la humildad. El orgullo en las discusiones, nos impide abrirnos a la riqueza de quien está a nuestro lado. Nos cuesta mucho ceder, pedir perdón y reconocer los errores. El orgullo nos lleva a ofender y a hacer daño casi sin darnos cuenta. Ya lo decía **S. Juan de Kety**: “*Procurad no ofender porque cuesta mucho pedir perdón*”. Pero el orgullo nos lleva a pasar por alto esta sabia recomendación. Es, sin duda, un aspecto esencial de nuestra vida familiar. Nazaret de nuevo es una escuela de humildad. **Sólo desde la propia pobreza y pequeñez es posible que nos abramos a los que están a nuestro lado.**

Al meditar sobre estos cuatro obstáculos que podemos encontrar en el camino, las palabras de S. Pablo nos ayudan como un programa de vida: “*Hermanos: Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él*”. Deseamos que la paz de Dios esté presente siempre en nuestras familias: “*Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza*”. Sin embargo, muy a menudo no llega esta paz a nuestras vidas. Por eso queremos colocar hoy estas palabras de S. Pablo en nuestro corazón. Anhelamos vivir así, llenos de paz, agradecidos, con la capacidad para enseñarnos y corregirnos siempre con amor, alabando a Dios, amando y perdonando siempre. **Se trata de un auténtico programa de vida para toda familia cristiana.**

Miramos Nazaret como escuela de vida y pensamos en el silencio y en la presencia de Dios en medio de ellos: “*Su madre conservaba todo esto en su corazón*”. Ese silencio y esa

oración faltan en muchas familias. No hay tiempo y la vida va demasiado rápido. La vida de la Sagrada Familia está llena de dificultades y contradicciones y, sin embargo, permanecen en Dios, en su silencio y en su paz. Elegidos por Dios no son liberados del sufrimiento y la persecución. Son custodios de Dios hecho carne y llevan la cruz con alegría y esperanza. El mismo Evangelio de hoy nos muestra **la incomprensión de María y José**: *"Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Éstos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas; todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: "Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados." Él les contestó: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad."* Lc 2, 41-52. **El viaje a Jerusalén desde Nazaret se convierte en una experiencia que los enseña a vivir.**

En la dificultad, en la incomprensión no se detienen. Las palabras de **S. Agustín nos muestran la razón de su paz**: *"Porque los que no aman al mundo viven en él por la carne, pero con el corazón habitan en el cielo"*. Así vivía la Sagrada Familia, libres del mundo, esclavos de Dios; y así queremos vivir nosotros. No queremos perder la esperanza, no queremos pensar que no podemos crecer y avanzar en el camino de la vida. Este domingo de la Sagrada Familia nos lleva a creer con más fuerza y a confiar en que Dios nos bendice. El cardenal Rouco acababa hoy diciendo que en medio de un panorama tan desolador: *"En el trasfondo alumbran los signos luminosos de la esperanza cristiana"*. Creemos en esa luz que brota de tantos corazones que anhelan un mundo nuevo. Dios nos bendice y bendice todas las familias cristianas que caminan en medio de las dificultades del mundo. **Dios bendice todos los corazones que hoy, en el silencio, han peregrinado espiritualmente a Nazaret, para renovarse en su amor y en su esperanza.**